

y allá, sobre los muros, arabescos é inscripciones moriscas, la luz que viene de lo alto.... todo blanco. La sinagoga fué convertida por los árabes en mezquita, y la mezquita convertida en iglesia por los cristianos; de modo que no es propiamente ninguna de las tres cosas; pero conserva, sin embargo, el carácter de mezquita, y los ojos se extienden por ella con deleite, y la imaginación persigue de arco en arco la fugitivas imágenes de un paraíso voluptuoso. Vista Santa María la Blanca, no me sentí con fuerzas para ver más; y rechazando todas las proposiciones tentadoras del *cicerone*, le ordené me condujese á la fonda, á donde llegamos tras largo andar por un laberinto de callejuelas solitarias; puse peseta y media en manos de mi inocente asesino, que encontró la propina escasa, y me pidió todavía (¡cuánto hubé de reirme de la palabra!) una pequeña *gratificación*; entré en el comedor para comer una costilla, ó *chuleta*, como la llaman los españoles con un nombre que haría encojer las narices en cualquier provincia de Italia.

Por la tarde fuí al Alcázar. El nombre hace esperar un palacio árabe; pero de árabe no le queda más que el nombre. El edificio que se admira hoy día fué construido bajo el reinado de Carlos V, sobre las ruinas de un castillo que ya existía en el siglo VIII, aunque no se encuentran sino vagas indicaciones en las crónicas de aquel tiempo. Este edificio se eleva sobre una altura que domina la ciudad, de modo que se ven los muros y sus torres desde todos los puntos un poco altos de las calles, y el forastero puede tomarlo como guía para no perderse en aquellos laberintos.

Subí á la altura por un largo camino serpenteante como el que conduce del llano á la ciudad, y me encontré frente á la puerta del Alcázar. Es un inmenso palacio cuadrado, en cuyos ángulos se alzan cuatro gruesas torres que le dan apariencias de fortaleza. Delante de la fachada se extiende una vasta plaza, y todo alrededor una muralla de baluartes almenados á la manera oriental. El edificio entero es de un vigoroso color calcáreo, variado con mil matices por aquel potente pintor de monumentos que es el tórrido sol del Mediodía, y al que hace más vivo el limpidísimo cielo bajo el cual se dibujan los contornos majestuosos de los muros. La fachada está esculpida con un gusto lleno de nobleza y elegancia. El interior del palacio corresponde al exterior: es un inmenso patio ceñido por dos órdenes sobrepuestos de graciosos arcos que se sostienen en ligeras columnas, con una monumental escalinata de mármol sobre la mitad del lado contrario á la puerta, la cual á poca altura del suelo se divide en dos brazos, que el uno por la derecha y el otro por la izquierda conducen al interior del palacio. Para gozar de la belleza del patio hay que ir á colocarse donde la escalera se bifurca, porque allí se abraza con una mirada toda la armonía del edificio, que produce un sentimiento de alegría y de placer como un gran concierto musical de gente diseminada y escondida.

Fuera del patio, las demás partes del edificio, escaleras, habitaciones, galería, ó están arruinadas, ó cayendo en ruina. Ahora se trabaja para acomodar el palacio al servicio de un colegio militar, se blan-

quean los muros, se rompen las paredes con objeto de hacer grandes dormitorios, se numeran las puertas, y se convierte el lugar de régios placeres en cuartel. Quedan, sin embargo, intactos los grandes subterráneos, que servían de caballerizas en tiempo de Carlos V, y que todavía pueden contener algunos millares de caballos; el conserje me hizo asomar á un ventanillo, desde el cual ví un abismo que me dió idea de su inmensidad. Luego subimos por una série de mal seguras escaleras á una de las cuatro torres, abrió el conserje con tenazas y martillo una ventana clavada, y me dijo con el aire del que anuncia una maravilla:—Mire usted.

Es un panorama inmenso. La ciudad de Toledo se ve á vista de pájaro, calle por calle, casa por casa, como se vería el plano extendido sobre una mesa; aquí la Catedral, que se alza sobre la ciudad como desmesurado castillo, y hace que parezcan pequeños como cajas de juguetes todos los edificios circunstantes; allí la azotea coronada de estátuas de San Juan de los Reyes; en otro punto las torres almenadas de la Puerta Nueva, la Plaza de toros, el Tajo que corre á los piés de la ciudad entre dos abruptas orillas; del opuesto lado del rio, junto al puente de Alcántara, sobre una roca saliente, las ruinas del castillo de San Servando; más allá la verde llanura, y luego rocas y collados y montes que escapan á los ojos; arriba un cielo purísimo, y el sol poniente que dora las cúspides de los viejos edificios y hace centellear el río como inmensa franja de plata.

Mientras yo contemplaba aquel mágico espectácu-

lo, el conserje que había leído la historia de Toledo y lo quería demostrar, me contaba todo género de historietas, con aquel hablar entre poético y picaresco que es propio de los españoles del Mediodía. Antes de todo quiso que conociese la historia de las obras de fortificación; y aunque donde él decía ver clara y distintamente aquello que me señalaba no viese yo lo más mínimo, logré entenderle alguna cosa. Me decía que Toledo había sido rodeada de murallas tres veces, y que se distinguían aun claramente las señales de las tres murallas.

—Mire usted—decía;—siga usted la línea que describe mi dedo: aquella es la muralla romana, la más estrecha, y se ven todavía los restos. Ahora mire usted más allá: aquella otra, más ancha, es la muralla gótica. Ahora haga usted con la vista una curva que abarque las dos primeras: aquella es la muralla árabe, la más reciente. Pero los árabes fabricaron también una muralla estrecha sobre las ruinas de la muralla romana.... Esta la verá usted fácilmente. Ahora observe usted la dirección de las calles que caminan hácia el punto más alto de la ciudad, siga usted la línea de los tejados, de aquí, así: verá usted que todas las calles van para arriba en zig-zag; y se han hecho á propósito de este modo para poder defender la ciudad aunque se perdieran las murallas; y las casas se han fabricado apretadas así una contra otra, para poder saltar de tejado en tejado; eso se ve; además que lo han dejado escrito los árabes. Por eso me río yo de los señores españoles de Madrid que vienen aquí y dicen:—¡Bahl ¡qué calles!—Se conoce que no

saben pizca de historia: si supiesen un tantico, y leyesen un poco en vez de pasarse todo el santo día en el Prado y en Recoletos, comprenderían que las calles de Toledo tienen su por qué, y que Toledo no es una ciudad para los ignorantes.—(Yo me eché á reir.)

—¿No lo cree Vd?—continuó el conserje;—es un hecho como el Evangelio. Hará cosa de una semana, para citarle á Vd. un caso, vino aquí un chisgarabís de Madrid con su señora. Ya al subir las escaleras, habian dicho pestes de la ciudad, de las calles estrechas, de las casas negras. Cuando se asomaron á esta ventana y vieron aquellas dos torres viejas allí abajo en la llanura, á la orilla izquierda del Tajo, me preguntaron qué eran, y yo respondí:—Los palacios de Galiana.—”¡Oh, qué hermosos palacios!”—exclamaron; y se echaron á reir, y miraron á otra parte. ¿Por qué? Porque no saben la historia. Vd. tampoco la sabrá, me figuro; pero Vd. es extranjero, y la cosa varía. Sepa Vd. que el gran emperador Carlo Magno vino cuando era muy jóven á Toledo. Reinaba entonces el rey Galafre, y vivía en aquel palacio. El rey Galafre tenía una hija que se llamaba Galiana, linda como un ángel; y como Carlo Magno fué hospedado por el rey y veía todos los días á la princesa, se enamoró de ella con todas las fuerzas de su alma, y ella de él. Pero había un rival de por medio, y este rival era el Rey de Guadalajara, un gigante moro que tenia una fuerza hercúlea y un corazon de leon. Este rey, para poder ver á la princesa sin que le descubrieran, había hecho abrir un camino subterráneo que

venía nada ménos que desde la ciudad de Guadalajara hasta los cimientos de palacio. Pero ¡cál la princesa no podía verlo ni pintado; y tantas veces como venía, otras tantas lo despachaba con cajas destempladas. Pero no por esto el rey enamorado dejó de hacerle la córte: y tanto la rondó, que Carlo Magno, que no era hombre de dejar que se le impusieran, como Vd. puede comprender, perdió la paciencia, y para concluir de una vez, lo desafió. Se batieron; la lucha fué terrible; pero el moro, con todo aquello de que fuese un gigante, llevó la parte peor. Cuando estuvo muerto, Carlo Magno le cortó la cabeza y fué á ponerla á los piés de su enamorada, que agradeció la fineza del presente, se hizo cristiana, dió la mano de esposa al príncipe, y partió con él para Francia, donde la aclamaron emperatriz.

—¿Y la cabeza del moro?

—Usted tiene ganas de risa; pero son cosas santas. Ve Vd. allá abajo, en el sitio más alto de la ciudad, aquel edificio antiguo? Es la iglesia de San Ginés. Y ¿sabe Vd. qué cosa hay dentro? Dentro está nada ménos que la puerta de un subterráneo que se extiende hasta tres leguas fuera de Toledo. Vd. no lo cree: oiga, oiga. En el lugar donde está ahora la iglesia de San Ginés, había antiguamente, antes de que los moros entraran en España, un palacio encantado. Ningun rey había tenido nunca el valor de entrar allí, y los que quizá hubieran sido capaces de entrar no entraban, porque con arreglo á la tradicion el primero que hubiese traspasado aquellos umbrales habría sido la perdicion de España. Al fin el rey don Rodrigo,

antes de irse á la batalla de Guadalete, con la esperanza de encontrar allí tesoros que le proporcionasen la manera de combatir á los árabes, hizo derribar la puerta, y precedido de sus guerreros que alumbraban el camino, entró. Con gran fatiga, cubriendo las hachas del viento furioso que corría por los subterráneos, llegaron á un aposento misterioso donde vieron un cofre sobre el cual estaba escrito: "El que me abra verá maravillas." El rey mandó que lo abriesen, y con mucho trabajo consiguieron abrirlo; pero en lugar del oro y de los diamantes no se encontró más que una tela enrollada, donde estaban pintados unos moros con armas y este letrero debajo: "España será destruida dentro de poco por éstos." Aquella misma noche hubo una gran tempestad, cayó el palacio encantado, y poco despues entraron los moros en España. Parece que Vd. no lo cree...

—¿Quiere Vd. callar? ¡Vaya si lo creo, hombre!

—Pero esta historia está ligada con otra. Vd. sabrá, de seguro, que el conde D. Julian, que gobernaba la fortaleza de Ceuta, hizo traicion á España dejando pasar á los moros, á los cuales hubiera podido cerrar el camino. Pero no puede Vd. saber por qué hizo traicion el conde D. Julian. El conde D. Julian tenía una hija en Toledo, y esta hija iba todos los días á bañarse en el Tajo con varias mozuelas amigas suyas. Quiso la desgracia que el sitio adonde iban á bañarse, que se llama hoy *los baños de la Cava*, estuviese cerca de una torre donde D. Rodrigo solía pasar las horas del calor. Un día la hija del conde don Julian, que se llamaba Florinda, cansada de jugar

en el agua, se sentó á la orilla del río y les dijo á sus compañeras:—Compañeras: ¿vamos á ver quién tiene la pierna más hermosa?—Vamos,—respondieron las otras; y dicho y hecho van á sentarse alrededor de Florinda, y enseña cada una sus bellezas. Pero Florinda las vencía á todas; y desgraciadamente, en el mismo momento en que ella decía á las demás:—¿Veis?—el rey D. Rodrigo se asomaba á una ventana y veía todas aquellas curiosidades. Joven, libertino (¡figúrese Vd!) se encendió como un fósforo, le hizo la corte á la hermosa Florinda, la sedujo, y luego la abandonó; y de aquí el deseo de venganza del conde D. Julian, la traicion... y... los moros.

En este punto me pareció haber oído ya bastante; dí al conserje un par de reales que él tomó y se metió en el bolsillo con ademan digno, y echando una última ojeada á Toledo, descendí de la torre. Era la hora del paseo; la calle principal, ancha apenas como para dejar paso á un carruaje, estaba llena de gente: había un centenar de personas; pero parecía una gran multitud; comenzaba á oscurecer, las tiendas se iban cerrando, y alguna luz rara principiaba á brillar aquí y allá. Me fuí á comer, y salí en seguida para no perder el espectáculo del paseo. Era de noche, no había otra iluminacion que la claridad de la luna, no se le veía á la gente la cara, antojábaseme estar en medio de una procesion de espectros... se apoderó de mí la melancolía.—Pensar que estoy solo—decía;—que en toda esta ciudad no hay un alma que me conozca, que si cayese muerto en este momento no habría ni un alma que dijese: "¡Pobrecito! ¡Era un

buen diablo!..." Veía pasar jóvenes alegres, padres de familia con sus niños; maridos, ó que tenían trazas de maridos, con una linda criatura del brazo... todos iban acompañados, hablaban, reían y pasaban sin arrojarme siquiera una mirada. ¡Cuán triste estaba! Qué feliz hubiera sido si un muchacho, un pobre, un polizonte hubiera llegado á decirme:—Caballero, me parece conocerle.—Es imposible, soy un extranjero, no he estado nunca en Toledo; pero no importa, no se vaya Vd., estése aquí, hablemos un rato, estoy solo... Recordé que en Madrid me habían dado una carta de recomendacion para un señor de Toledo: corrí á la fonda, cogí la carta, y me hice conducir en seguida á su casa. El señor estaba en ella y me recibió cortésmente. Cuando le oí pronunciar mi nombre sentí un regocijo tan grande, que le hubiera echado los brazos al cuello. Era el Sr. D. Antonio Gamero, autor de una estimadísima *Historia de Toledo*. Pasamos la noche juntos; le pregunté cien cosas, me dijo mil, y me leyó algunas magníficas páginas de su libro, por las cuales vine á conocer á Toledo mejor que la hubiera conocido residiendo en ella un mes.

La ciudad es pobre, y más que pobre, muerta: los ricos la han abandonado para establecerse en Madrid; los hombres de ingenio han seguido á los ricos; no hay comercio; la fabricacion de armas, única industria floreciente, provee á las necesidades de un centenar de familias, pero no basta á la ciudad; la instruccion anda en atraso; el pueblo inerte y miserable. Como todos los pueblos de las grandes ciuda-

des caidas, es altivo y caballeresco; aborrece las acciones bajas; hace justicia por propia mano, cuando puede, en los ladrones y los asesinos; y aunque el poeta Zorrilla, en una de sus leyendas, lo haya llamado sin metáfora pueblo imbécil, no es tal; es despierto y atrevido. Participa de la gravedad de los españoles del Norte y de la vivacidad de los españoles del Mediodía; ocupa el término medio entre el castellano y el andaluz; habla el español con donaire, con más variedad de acentos que el pueblo de Madrid, con ménos incorreccion que el pueblo de Córdoba y de Sevilla; ama la poesía y la música; está orgulloso de contar entre sus mayores al dulce Garcilaso de la Vega, reformador de la poesía española, y al ingenioso D. Francisco de Rojas, autor de *García del Castañar*; así como de ver que sus muros atraen artistas y doctos de todos los países del mundo, que van á estudiar entre ellos la historia de tres razas y los monumentos de tres civilizaciones. Pero sea como fuere el pueblo, Toledo está muerta: la ciudad de Wamba, de Alfonso el Bravo y de Padilla no es más que una tumba. Desde que Felipe II le arrancó la corona de capital ha ido declinando siempre, y declina todavía y se consume poco á poco en lo alto de su triste montaña, como un esqueleto abandonado sobre una roca entre las ondas del mar.

Volví á la fonda poco ántes de media noche; y como brillaba la luna, y en las noches de luna no se encienden en Toledo los faroles, por más que en aquellas callejuelas no penetre la luz del astro plateado, tuve que caminar poco ménos que á tientas lo

mismo que el ladrón en la casa del crimen. Llena como tenía la cabeza de leyendas fantásticas, en las cuales se describen las calles de Toledo recorridas de noche por caballeros embozados en sus capas, que cantan bajo las ventanas de las hermosas, se batan, se matan, escalan los muros y roban á las doncellas, figurábame que había de oír sonidos de guitarras y rumores de espadas y gritos de moribundos. Nada de eso: las calles estaban desiertas y silenciosas, y las ventanas vacías: apenas se oía de cuando en cuando, por las esquinas y las encrucijadas, algún ligero roce ó algún cuchicheo fugitivo, que ni siquiera se hubiese podido decir de qué parte saliera. Llegué á la fonda sin haber robado ninguna toledana, lo que podía tener algo de desagradable; pero también sin haberme hecho abrir ningún ojal en el vientre, lo que de seguro tenía algo de consolador.

A la mañana siguiente visité el hermoso edificio del hospital de Santa Cruz, la iglesia de Nuestra Señora del Tránsito, antigua sinagoga, los restos de un anfiteatro y de edificios de los tiempos romanos, y la famosa fábrica de armas, en la cual compré un lindo puñalito con el mango plateado y la hoja cubierta de arabescos, que ahora mismo tengo sobre la mesa, y que, cuando cierro los ojos y lo agarro, me hace creer que estoy todavía allí, en el patio de la fábrica, á un cuarto de legua de Toledo, bajo el sol de Mediodía, entre un corrillo de soldados y una nube de humo de cigarros. Recuerdo que volviendo á Toledo un pie tras de otro, cuando cruzaba un trozo de campiña solitario como un desierto y mudo como

una catacumba una voz formidable gritó:—“¡Fuera el extranjero!” La voz venía de la ciudad; me detuve; el extranjero era yo; aquel grito se dirigía á mí... se me revolvió la sangre; la soledad y el silencio del paraje me acrecentaban el miedo. Seguí adelante, y la voz de nuevo:—“¡Fuera el extranjero!”—“¡Pero es un sueño,—exclamé deteniéndome de nuevo,—ó estoy despierto?—¿Quién es el que grita? ¿Dónde? ¿Por qué?... Volví á andar, y la voz por tercera vez:—“¡Fuera el extranjero!...” Me detengo nuevamente, y cuando todo turbado dirijo la vista en derredor, veo un muchacho echado por el suelo que me mira riendo y me dice:—“Es un loco que cree vivir en el tiempo de la guerra de la Independencia; mire usted, allí está la casa de locos. Y me señaló el manicomio sobre la altura: las últimas casas de Toledo. Dí un resoplido que hubiera apagado un hacha de viento.

A la noche partí de Toledo con el sinsabor de no haber tenido tiempo para ver y volver á ver todo lo que hay allí de antiguo y de admirable; sinsabor mitigado no obstante por el deseo ardentísimo de llegar á Andalucía, que no me dejaba un momento de sosiego...

...Hoy todavía resucita á menudo en mi memoria su imagen con una especie de triste placer y de austera melancolía, y aquella imagen me pierde en mil extraños pensamientos de épocas remotas y de lances maravillosos.

